



El secreto
de Aurora Floyd



MISTERIOS DE ÉPOCA



El secreto
de *Aurora Floyd*

MARY ELIZABETH BRADDON



d'Época
editorial

Título original: *Aurora Floyd*

Primera edición en dÉpoca: noviembre de 2013

El secreto de Aurora Floyd

© Editorial dÉpoca, 2013

Otura, 4 - 33161 Morcín ASTURIAS

© Traducción: Eva María González Pardo

© Posfacio: Susanna González

www.depoca.es

info@depoca.es

Dirección y coordinación editorial:

Susanna González y Bernardo García-Rovés

ISBN: 978-84-938972-3-9

Depósito Legal: AS 3205-2013

BIC: FC

Impresión y encuadernación: Gráficas Summa

Polígono Industrial Silvota

C/ Peña Salón, 45

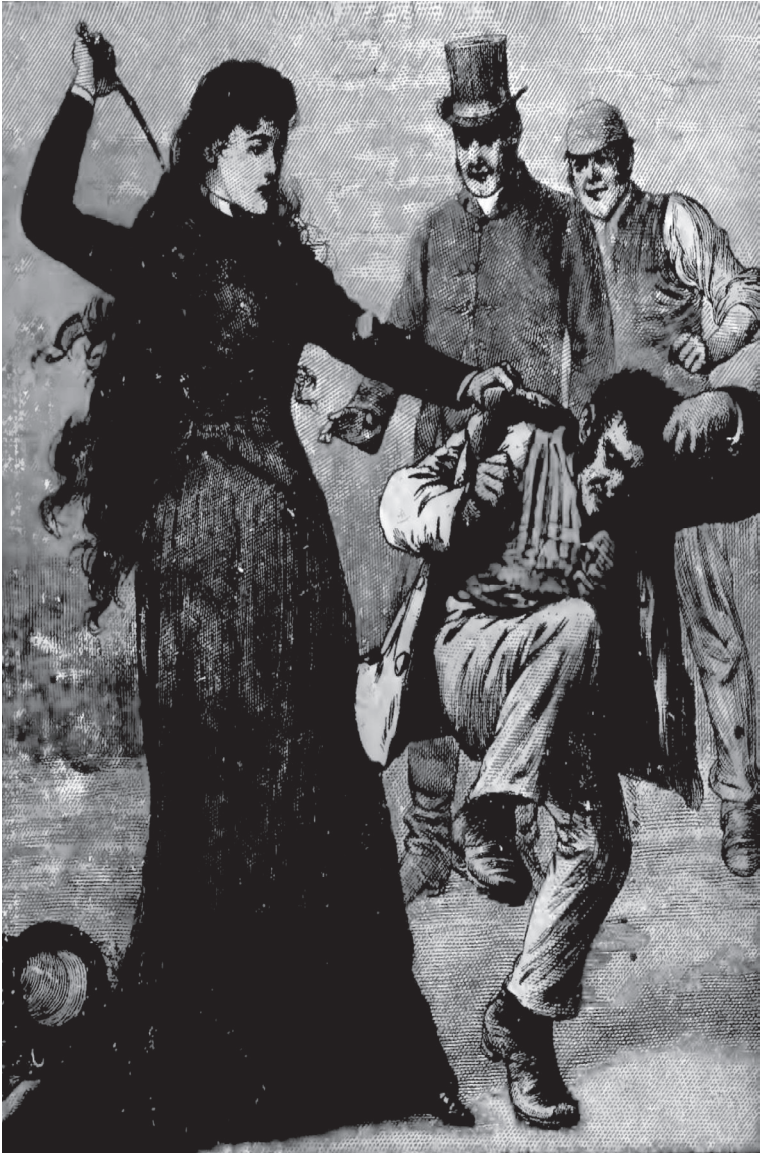
33192 Llanera - ASTURIAS

Impreso en España

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



PARTE PRIMERA



CAPÍTULO I

De cómo un rico banquero se casó con una actriz

Tenues rayos carmesíes resplandecen aquí y allá entre las frondosas sombras de los bosques de Kent. El rojizo dedo del otoño se ha posado ligeramente sobre el follaje con la frugalidad que emplea el pintor al colocar sus colores más brillantes sobre el lienzo; pero la majestuosidad que aún conserva la puesta de sol en agosto dora el apacible paisaje y lo ilumina en todo su esplendor. Los bosques circundantes, las amplias praderas, los mansos estanques de aguas cristalinas, los estilizados setos, las sendas de suaves serpenteos, las ondulantes cimas de las colinas fundiéndose a lo lejos con el purpúreo horizonte, las casas de campo brillando como puntos blancos entre el verdor circundante, las posadas solitarias en el margen de la carretera con sus tejados de bálago ennegrecidos y las pilas de musgo crecido a los lados de las chimeneas, las nobles mansiones ocultas tras robles ancestrales, las casitas góticas, las cabañas rústicas a la moda suiza, las puertas sostenidas por columnas coronadas por escudos de armas esculpidos en piedra y festoneadas con verdes grupos de guirnaldas de hiedra, las iglesias de aldea, las remilgadas escuelas, y, en una palabra, todo lo que constituye un paisaje inglés, está imbuido en una neblina luminosa que como sombra crepuscular asciende furtiva y lentamente desde el oscuro espesor del bosque selvático y sinuoso haciendo ensombrecer cada silueta del paisaje contra el profundo carmesí del firmamento.

El sol, al ocultarse, ilumina aún con primoroso esplendor, y se demora en la monumental fachada de una vasta mansión de ladrillo rojo construida al estilo imperante en la anterior era georgiana. Las largas hileras de estrechas ventanas parecen como abrasadas bajo el reflejo del rojo fulgor del sol; y más de un aldeano, al regresar cansado a su humilde morada, se detiene para contemplarlas más allá del prado cubierto de rocío y

del lago sereno, casi temeroso de que el brillo proceda de una causa sobrenatural o creyendo que, tal vez, estaba ardiendo la casa de maese Floyd.

La majestuosa mansión de ladrillo rojo pertenece a maese Floyd, tal como le llamaban en su sincero dialecto los campesinos de Kent; Archibald Martin Floyd, de la gran banca de los Floyd, Floyd y Floyd, Lombard Street, City.

Los aldeanos de Kent conocían muy poco esta banca de la ciudad, pues hacía mucho tiempo que Archibald Martin, el socio principal, no tomaba parte activa en el negocio, que era dirigido exclusivamente por sus sobrinos, Andrew y Alexander Floyd. Ambos eran hombres rectos de mediana edad que tenían familia y casas de campo, y debían su fortuna a su tío rico, que unos treinta años antes los albergó en su casa cuando no eran más que dos jovencitos altos, flacos, de cabellos rubios y sonrojado cutis escocés, recién llegados de algún pueblo de nombre impronunciable situado al norte de Aberdeen.

Los señoritos firmaban McFloyd cuando accedieron a la banca de su tío, pero muy pronto siguieron el ejemplo de su sabio pariente y descartaron el imponente prefijo. «No tenemos necesidad alguna de anunciar a estos “sureños” que somos escoceses», comentó Alick de repente a su hermano al tiempo que escribía su nombre por primera vez como A. Floyd.

La banca escocesa había prosperado asombrosamente con el hospitalario capital inglés.

Cada proyecto emprendido por la vieja firma establecida y respetada como Floyd, Floyd y Floyd había obtenido un éxito sin precedentes. Habían sido Floyd, Floyd y Floyd desde hacía más de un siglo, y aun cuando uno de los miembros fundó alguna sucursal retoñada fuera del «viejo árbol», nunca había habido necesidad de alterar la triple repetición del célebre nombre en las placas de bronce que adornaban las puertas de caoba giratorias de la casa bancaria. A esta placa de bronce apuntaba Archibald Martin Floyd cuando, treinta años antes de la tarde de agosto en la que escribo, acogió a sus flacos sobrinos por primera vez en el umbral de su casa bancaria.

—Fijad la mirada ahí, chicos —dijo—. Contemplad los tres nombres en la placa de bronce. El tío George tiene más de cincuenta años, permanece soltero, le corresponde el primer nombre; nuestro primo, Stephen Floyd, de Calcuta, próximamente dejará el negocio; el tercer Floyd es el mío, tengo treinta y siete años... y recordad, muchachos, ni por ensueños cometería la locura de casarme. Vuestros nombres se colocarán para llenar los vacíos si los mantenéis impolutos con el tiempo; pero, si tan sólo una pequeña mota dejáis caer sobre ellos, nunca serán aptos para figurar en esa placa.

Quizá los toscos jóvenes escoceses tomaron a pecho esta lección, o tal vez la honradez era una virtud natural, innata, en los Floyd. Fuera como fuese, ni Alick ni Andrew deshonraron a sus ancestros, y cuando Stephen Floyd, el comerciante en las Indias Orientales, vendió su parte, y el tío George se cansó de los negocios pasando a ser sólo un viejo pasatiempo de soltero, los jóvenes ocuparon el lugar de sus parientes y colocaron la dirección de la empresa sobre sus anchos hombros norteños.

Sólo en un punto Archibald Martin Floyd faltó a su palabra con sus sobrinos, y aún más consigo mismo. Diez años después de su discurso a los jóvenes, a la sobria edad de cuarenta y siete años, el banquero no sólo cometió la «locura» de casarse —si tal cosa puede considerarse de locos—, sino que descendió del orgulloso pedestal sobre el cual se alza la sabiduría humana enamorándose perdidamente de una mujer muy bella, aunque muy pobre, a la que llevó a su mansión tras una visita comercial a las provincias manufactureras, y que presentó casi sin ceremonia a sus parientes y vecinos del condado de Kent como su reciente esposa.

Todo el asunto fue tan repentino, que estas mismas familias del condado apenas se habían recobrado de la sorpresa que les había causado la lectura de cierto párrafo en la columna izquierda del *Times* —anunciando el enlace de «Archibald Martin Floyd, banquero, de Lombard Street y Felden Woods, con Eliza, única hija superviviente del difunto capitán

Prodder»—, cuando la berlina de viaje de los recién casados pasó velozmente por delante del pabellón gótico situado en la entrada, recorrió la avenida pasando bajo el gran pórtico de piedra, y Eliza Floyd entró en la mansión del banquero, saludando con la cabeza y, con toda naturalidad, a los criados que, completamente desconcertados, se habían dirigido al vestíbulo para recibir a su nueva señora.

La esposa del banquero era una joven de unos treinta años, alta, de tez morena y grandes y centelleantes ojos negros que iluminaban su cara con el esplendor de una belleza absoluta que quizá de otro modo no hubiera sido tan notable.

Figúrese el lector uno de esos rostros cuyo encanto reside casi exclusivamente en el brillo sobrenatural de dos hermosos ojos y recuerde hasta qué punto tienen estos rostros un poder de fascinación superior a los otros. La misma cantidad de belleza repartida entre una nariz bien formada, unos labios rosados, un rostro simétrico y una tez delicada no compondrá más que una mujer provista de atractivos ordinarios; pero concentrada en un solo punto, en el maravilloso brillo de los ojos, constituye una deidad, una hechicera.

La primera de estas dos mujeres puede encontrarse todos los días; la segunda sólo se ve una vez en la vida.

El señor Floyd presentó a su esposa a las familias vecinas en un gran banquete que dio poco tiempo después de su llegada a Felden Woods —así llamaban a su casa de campo—, y tan pronto como hubo cumplido con esta formalidad, no dijo una palabra más sobre su elección ni a sus vecinos ni a sus parientes, que estaban deseosos de conocer cómo se había desarrollado tan inesperado enlace, y que en vano mostraban su curiosidad con insinuaciones que no producían efecto alguno en el afortunado esposo. Estas reticencias de Archibald Floyd, como era de suponer, sólo contribuyeron a acrecentar los rumores, y si había que dar crédito a tales rumores —que circulaban por Beckenham y West Wickham, aldeas cercanas a Felden Woods—, la mujer del banquero había salido de la condición más pobre y vil de la sociedad.

Según unos, era una obrera que trabajaba en una fábrica cuando el viejo y necio banquero la había visto en las calles de Manchester con un pañuelo de colores en la cabeza y una gargantilla de coral, andando pesadamente por el lodo sin medias ni zapatos; se había enamorado de ella viéndola en tal estado y le había propuesto matrimonio en el acto. Según otros, era una actriz y la había visto en el teatro de Manchester; peor aún, añadían, era una pobre volatinera que, adornada con un vestido de muselina blanca sucia y terciopelo de algodón rojo salpicado de lentejuelas, actuaba en una barraca de lona acompañada de un grupo de miserables vagabundos ambulantes y un cerdo amaestrado. Otros decían que era amazona y que el banquero la había conocido, no en los distritos manufactureros, sino en el circo de Astley; y había personas dispuestas a jurar que la habían visto con sus propios ojos saltando a través de aros dorados y bailando la *cachucha* sobre seis corceles sin enjaezar en aquel círculo de serrín.

Se susurraron otros rumores más crueles —que no me atrevo a reproducir aquí—, porque las lenguas que tan despiadadamente se cebaban con el nombre y la reputación de Eliza estaban auspiciadas únicamente por la maldad. Es posible que algunas mujeres tuvieran razones personales para sentir despecho hacia la desposada, y que muchas de ellas, viendo su propia belleza languidecer en esas encantadoras mansiones de Kent, hubieran especulado con las rentas del banquero y con las ventajas de una unión con el propietario de Felden Woods. Pero no se permitían —con respecto a ella— ni la excusa de su belleza, pues las señoritas de Kent se impusieron el deber de ignorar los maravillosos ojos de Eliza, y criticaron duramente su frente baja, su nariz de forma dudosa, y su boca grande. Además, era una desvergonzada astuta y superficial que, a la edad de veintinueve años y con el pelo casi cayendo sobre sus ojos, se había confabulado para asegurarse la mano y la fortuna del hombre más rico de Kent. Este hombre, que hasta entonces se había mostrado de tal modo insensible a cada asalto de ojos brillantes y labios rosados, que hasta las madres más

infatigables habían abandonado desesperadas a su presa, y habían dejado de soñar con acomodar el mobiliario a su capricho en el gran palacio de ladrillo rojo del señor Floyd.

La parte femenina de la comunidad se admiró e indignó por la indolencia de los dos sobrinos escoceses y el viejo hermano solterón, George Floyd. ¿Por qué no mostraron un poco de carácter y organizaron un consejo de familia para encerrar a su pariente en un manicomio? Se lo merecía.

La arruinada *nobleza* del suburbio de St. Germain no hubiera maltratado a un enriquecido bonapartista con tan enérgico rencor como el mostrado por toda esa gente murmurando incesantemente acerca de la esposa del banquero. Todo cuanto ésta hacía era objeto de crítica. Ya desde el primer banquete —y aunque Eliza no había osado intervenir en las disposiciones del cocinero y el ama de llaves tal como si se tratara de una visita al Buckingham Palace—, los invitados, enojados, dictaminaron que todo había degenerado desde que «esa mujer» había entrado en la casa. Detestaron a la afortunada aventurera; la detestaron por su majestuosa figura y la gracia de sus movimientos que nunca dejaron traslucir la oscuridad rumoreada acerca de su origen; la detestaron por sus bellísimos ojos y sus primorosas joyas, obsequios extravagantes de un marido devoto; y la odiaron, sobre todo, por su descarada insolencia al no mostrarse en absoluto intimidada en presencia de los excelsos miembros de ese nuevo círculo en el que se encontraba.

Si se hubiera sometido mansamente a las numerosas humillaciones que estaban prontos a hacerle sufrir sus vecinos, si hubiera buscado su protección y hubiera mordido el polvo de sus aristocráticos zapatos, tal vez con el tiempo la habrían perdonado.

Pero Eliza no hizo nada de esto. Si acudían a visitarla se mostraba alegre y francamente contenta de verlos. La podían encontrar con las manos enfundadas en sus guantes de jardinería, los cabellos sin atavío, armada de una regadera y ocupada en sus invernaderos; acogía a los amigos con tanta serenidad como si hubiese nacido en un palacio y estuviera acostumbra-

da a recibir homenajes desde la más tierna infancia. Aunque las visitas afectasen fría formalidad y grave ceremonia, ella se manifestaba siempre afable, franca, alegre y gentil.

Se complacía en hablar continuamente de su «querido y viejo Archi» —como se permitía llamar al que era al mismo tiempo su benefactor y esposo—, o bien enseñaba a sus invitados algún nuevo cuadro que él hubiera comprado, y se atrevía a hablar de arte —¡la ignorante, impúdica y pretenciosa criatura!— como si todo el pedante tecnicismo con que intentaban *aplastarla* le hubiera sido tan familiar como a un miembro de la Real Academia.

Cuando la etiqueta exigía que devolviera estas ceremoniosas visitas, tenía la audacia de ir a casa de sus vecinos en un tálburi tirado por un caballo pequeño y sin arreos, porque esta mujer insidiosa tenía el capricho de afectar sencillez y no hacer ostentación de todas sus cosas.

La grandeza que la rodeaba le parecía muy natural, y charlotteaba y reía con su característica teatralidad, y con gran admiración de los jóvenes bastante ciegos para no ver los encantos de las que la denigraban, pero que no se cansaban nunca de ensalzar la amabilidad y los hermosos ojos de la esposa del señor Floyd.

Me pregunto si la pobre Eliza era conocedora de todas o al menos la mitad de las crueldades de que era objeto. Sospecho que astutamente trataba de ponerse al corriente de todo para reírse a rienda suelta; estaba acostumbrada a una vida llena de emociones y de otro modo su estancia en Felden Woods le hubiera parecido una existencia monótona sin el atractivo de estas maledicencias. Sentía un deleite malicioso en la derrota de sus enemigos.

—Preciso es que tuvieran verdaderos deseos de casarse contigo, Archi —decía a su esposo—, para que me odien con tanto encarnizamiento. ¡Pobres solteras sin dote, pensando que les he arrebatado su presa! Imagino lo penoso que debe de ser para ellas pensar que no pueden hacerme ahorcar por haberme casado con un hombre rico.

Pero el banquero se mostraba tan profundamente herido cuando su adorada esposa le repetía los rumores que había escuchado a su doncella —fiel a su bondadosa y amable señora—, que Eliza tomó el partido de no causarle más disgusto.

Las murmuraciones la divertían a ella, pero a él le herían hasta la médula. Orgullosa y sensible, como casi todos los hombres honrados e íntegros, no podía soportar que nadie se atreviese a manchar la reputación de la mujer que amaba tan tiernamente.

¿Qué importaba la *oscuridad* de la que procedía al *elevarse* hasta él? ¿Es una estrella menos brillante por centellear en un canal o en el seno púrpura del mar de medianoche?

¿Una mujer virtuosa y de corazón generoso es menos digna porque se gane penosamente la vida con el único trabajo a que puede dedicarse, por hacer el papel de Julieta ante un auditorio compuesto de artesanos que pagan tres peniques por el privilegio de admirarla y aplaudirla?

Sí, es forzoso revelar el secreto, las malas lenguas no estaban enteramente equivocadas en sus conjeturas. Eliza Prodder era actriz, y el acaudalado banquero la había visto por primera vez en las sucias tablas de un teatro de segunda categoría en Lancashire. Archibald Floyd alimentó una admiración tradicional, pasiva pero sincera, por el drama británico. Sí, el drama británico, pues había vivido los tiempos en que el drama era verdaderamente británico, cuando *George Barnwell* y *Jane Shore* eran las obras de arte favoritas del público. Qué triste degeneración la de aquellos días clásicos; qué triste que la graciosa historia de Milwood y su aprendiz de admirador sean ahora los preferidos.¹

Fascinado por la solemnidad de Shakespeare y el drama, el señor Floyd, una tarde, de paso por un pequeño pueblo de

¹ Hacia la mitad de la época victoriana dominaban en la escena las adaptaciones de obras teatrales francesas. Había que remontarse al siglo XVIII para tomar ejemplos del drama británico, como *The London Merchant, or The History of George Barnwell* de George Lillo y *Jane Shore* de Nicholas Rowe. Millwood es la cortesana que seduce al joven aprendiz, Barnwell, en la tragedia de Lillo.

Lancashire, se adentró en un palco polvoriento del teatro para asistir a la representación de *Romeo y Julieta*; la heredera de los Capuleto estaba representada por la señorita Eliza Percival, alias Prodder. No creo que la señorita Percival fuera una buena actriz, o que hubiera llegado a distinguirse algún día como tal, pero tenía una voz profundamente melodiosa, representaba su papel con una cierta riqueza en el tono, y aunque la música era monótona, resultaba ciertamente agradable en su conjunto. Sobre la escena aparecía realmente bella, y su cara iluminaba el pequeño teatro mejor que todo el gas destinado a regañadientes por el gerente, a los escasos espectadores de la sala.

No estaban de moda aún en aquellos días los dramas «sensacionalistas» de las obras de Shakespeare. No se había introducido aún en *Hamlet* la famosa escena del agua, ni el príncipe danés perdía su cabeza para salvar a la pobre Ofelia.² En el pequeño teatro de Lancashire se habría tomado por un pecado terrible contra todos los cánones del arte dramático que Otelo hubiera tratado de sentarse durante algunos momentos de la solemne actuación. El que representaba la esperanza de Dinamarca no era un hombre del norte ataviado con vestido largo y rubia cabellera meciéndose al viento, sino un individuo con casaca de terciopelo cortada como el sayo de un niño y adornada con abalorios que colgaban y eran pisoteados a intervalos a lo largo de la representación. Los actores, en su simplicidad, pensaban que la tragedia, para ser tragedia, debía ser totalmente diferente a todo lo que hubiera existido. Pero Eliza Prodder repetía pacientemente aquello que había aprendido con anterioridad. Con su alegría y su buen carácter, ligero y pausado, la criatura no tenía por misión intentar cualquier tonta interferencia en las perversidades de su época, no había nacido para *corregir la situación*.³ ¿Qué pensar entonces

² Braddon se refiere probablemente a una parodia de *Hamlet*.

³ Braddon compara el estado de la escena británica con el estado «corrupto» de Dinamarca que Hamlet nació para corregir (*Hamlet* l.v.188-9). Esa no era misión de Eliza, ni fue asumida por la propia Braddon en sus propias actuaciones como actriz.

de su manera de representar el papel de la apasionada joven italiana? Vestía un traje de raso blanco adornado con lentejuelas que había cosido en los dobladillos, con la firme creencia, compartida por todas las actrices de provincia, de que las lentejuelas enmascararan la suciedad. Se hallaba riendo y charlando entre bastidores un minuto antes de salir a la escena para llorar a su hermano asesinado y a su amante desterrado.

Dicen que Macready comenzaba a ser Richelieu a las tres en punto de la tarde, y que era peligroso acercarse o hablarle entre esa hora y el final de la actuación.⁴ Pero la señorita Percival no tenía pasión por su profesión; las ganancias en Lancashire apenas pagaban las preocupaciones y el cansancio que le causaban primero los tempranos ensayos y más tarde las largas representaciones. ¿Cómo compensar el agotamiento mental del verdadero artista que vive la vida del personaje que representa? Los actores con quienes actuaba Eliza, durante los intervalos de un diálogo en que se prodigaban vengativas amenazas, se dirigían observaciones amistosas sobre sus asuntos particulares; los momentos de tregua que les dejaba el movimiento de la escena, calculaban a media voz —pero a veces de modo perfectamente audible—, el total de las entradas; y cuando Hamlet llamaba a Horacio bajo la luz de las candilejas, para preguntarle: «¿Ves esto?», era bastante probable que el confidente del príncipe estuviera en el fondo del teatro contándole a Polonio la vergonzosa forma en que su casera le robaba el té y el azúcar.

No fue, por consiguiente, la actuación de la señorita Percival lo que fascinó al banquero. Archibald Floyd era consciente de que Eliza era una actriz muy vulgar, como todas las que representaban las comedias y tragedias por veinticinco chelines a la semana. Había visto representar aquel mismo papel a la señorita O'Neil,⁵ y no pudo abstenerse de sonreír de

⁴ William Charles Macready fue un actor británico muy famoso entre 1830 y 1840, y Richelieu, en la tragedia del mismo nombre (1839) de Bulwer-Lytton, uno de sus papeles más aclamados.

⁵ Eliza O'Neill (sic), más tarde Lady Eliza Becher, fue una Julieta famosa en el período de la Regencia.

compasión al oír los aplausos de los jornaleros en el momento de la escena del envenenamiento. Pero a pesar de todo se enamoró de ella y su amor fue una nueva versión de la eterna historia, tan antigua como el mundo. Fue Arthur Pendennis en el pequeño teatro Chatteris, embrujado y desconcertado por la señorita Fotheringay de nuevo.⁶ Sólo que en lugar del voluble, impresionable niño, era un hombre de negocios serio y sensato de cuarenta y siete años que nunca se había estremecido de emoción al contemplar el rostro de una mujer hasta esa noche. Y desde esa noche el mundo sólo encerró para él un ser, y su vida no tuvo más que un objeto. Volvió al teatro a la noche siguiente, y la siguiente, y se las ingenió para hacerse amigo de algunos de los actores que frecuentaban una taberna vecina al teatro.

Aquellos comediantes sin escrúpulos se aprovecharon de él cruelmente, le hicieron pagar una infinidad de botellas, le hicieron zalamerías y le adularon, y le arrancaron el secreto del fondo de su corazón; y después fueron a contarle a Eliza Percival que había hecho un buen negocio, que se había enamorado locamente de ella un solterón que llevaba siempre el bolsillo lleno de dinero, y que si jugaba bien sus cartas se casaría con ella al día siguiente. Se lo señalaron a través de un agujero en la cortina —sentado casi a solas en uno de los palcos— esperando que comenzara la obra, y que aquellos ojos negros le deslumbraran una vez más.

Eliza se rio de su conquista; tan sólo era una más y conocía el desenlace: en el mejor de los casos el alquiler de un palco las tardes de representación, o un ramo de flores dirigido a ella en la entrada de actores; no conocía el poder del primer amor de un hombre a los cuarenta y siete años. Antes de terminar la semana, Archibald Floyd le había hecho una oferta solemne de matrimonio.

Había oído hablar de ella a sus compañeros de teatro y todos coincidían en que era una buena muchacha. Le dijeron que

⁶ El héroe Pendennis de Thackeray (1850) se enamoró de jovencito de la actriz de provincias Emily Costigan, cuyo nombre artístico era Miss Fotheringay.

había resistido peligrosas tentaciones, que había rehusado con indignación magníficos brazaletes, gestos de caridad que había hecho en secreto, la independencia que había conservado a pesar de su pobreza y de penosas pruebas, y le contaron más de cien historias sobre su bondad que le hicieron ruborizar de orgullo y generosa emoción.

Ella misma le contó la simple historia de su vida: le dijo que era hija de un capitán de buque mercante llamado Prodder, que había nacido en Liverpool, y que apenas se acordaba de su padre, que estaba siempre navegando —ni de su hermano, que tenía tres años más que ella y había desaparecido tras discutir airadamente con su padre—, ni de su madre, que había muerto cuando ella tenía cuatro años de edad. El resto fue relatado en pocas palabras. Fue recibida en la familia de su tía, que tenía una tienda de comestibles en su ciudad natal, y aprendió el oficio de florista, pero el trabajo no la había apasionado. Asistía con frecuencia a los teatros de Liverpool y pensó que le gustaría salir al escenario. Siendo como era, joven, osada y enérgica, un buen día dejó la casa de su tía, se presentó al director de uno de los teatros secundarios y le suplicó que le permitiese hacer el papel de lady Macbeth. El director se burló de sus pretensiones, pero le dijo que en consideración a su buena figura y a sus hermosos ojos negros le daría quince chelines semanales por *figurar*, término técnico que se utilizaba para designar a las personas que circulan por el escenario —unas veces vestidas de aldeanas, otras con traje cortesano de percal con adornos dorados— y que miran con ademán distraído todo lo que pasa en la escena.

Después de un tiempo comenzó a desempeñar pequeños papeles rehusados con indignación por las actrices que se consideraban muy superiores a ellos, y desde estos modestos papeles se lanzó a la arena trágica en la que supo mantenerse sin dificultad durante nueve años. En vísperas de su vigesimonoveno cumpleaños, su destino la unió al rico banquero con quien se casó en la parroquia de una pequeña ciudad de provincias, permutando el nombre de Prodder por el de Floyd.

Había accedido a los deseos del banquero, en parte movida por un sentimiento de gratitud hacia el ardor generoso de su afecto —inclinada a amarle con preferencia sobre cualquier otro hombre que hubiera conocido—, y en parte seducida por los consejos de sus amigos del teatro que, con más franqueza que elegancia, la convencieron de que sería una locura dejar escapar tan buena oportunidad; pero en el momento en que dio su mano a Archibald Martin Floyd estaba muy distante de sospechar la magnitud de la fortuna que su esposo la invitaba a compartir. Le dijo que era banquero, y su desbordante imaginación evocó en el acto la imagen de la única mujer de banquero que había conocido en su vida: una señora corpulenta que vestía ricos trajes de seda, vivía en una casa de estuco cuadrada con celosías verdes, tenía cocinera y doncella, y de vez en cuando tomaba tres billetes de palco para ver a la señorita Percival. Así pues, cuando el amoroso marido inundó a su hermosa prometida de brazaletes y collares de diamantes, y sedas y brocados que se mantenían tiesos y difícilmente manejables de su misma riqueza, cuando la condujo desde su provincia a la isla de Wight donde la alojó en una espaciosa habitación en el mejor hotel de Hyde, y le arrojó dinero aquí y allá como si llevara la lámpara de Aladino en el bolsillo de la levita, Eliza reconvino a su esposo temiendo que el amor le hubiera enloquecido y que aquella alarmante extravagancia fuera el primer síntoma de su locura.

Como en una réplica de la antigua y querida historia de Burleigh, cuando Archibald hizo entrar a su esposa en la larga galería de cuadros de Felden Woods, Eliza juntó sus manos transportada por una admiración sincera al ver tanta magnificencia, se comparó a sí misma con la humilde esposa del conde, se postró de hinojos, y le dedicó un homenaje teatral a su señor: «¡Oh Archi! —exclamaba—, todo esto es demasiado para mí. Temo morir de grandeza, como la pobre joven que languidecía en Burleigh House».⁷ Eliza, que se hallaba

⁷ La historia, verdadera, se relatava en el poema de Tennyson *The lord of Burleigh*.

en el esplendor de su belleza —rebotante de salud, fresca y buen ánimo—, no podía imaginar que sería breve su residencia entre tanta grandeza, tal como a la prometida de Burleigh le había sucedido antes que a ella.

Familiarizado el lector con los antecedentes de Eliza, encontrará tal vez ahora en su pasado explicación al descaro insolente y la noble audacia con que trataba a las familias de segunda categoría del condado, que se conjuraban para llenarla de confusión.

Había sido actriz; durante nueve años había vivido en ese mundo ideal en el que los duques y los marqueses son tan comunes como los carniceros y los panaderos en la vida real, en el que un noble es generalmente pobre de espíritu e inferior en todos los conceptos y es tratado despectivamente por los espectadores a causa de su rango.

¿Cómo podía turbarse al entrar en los salones de aquellas mansiones de Kent cuando, durante nueve años, había sido el centro de todas las miradas en el escenario y había conquistado noche tras noche los aplausos de un numeroso auditorio?

¿Era posible que le intimidaran los Lenfields, que eran carroceros en Park Lane, o la señorita Manderlys, cuyo padre había hecho fortuna merced a una patente por una nueva clase de almidón, cuando ella había recibido al rey Duncan a las puertas de su castillo y se había sentado en su desvencijado trono?

Por más esfuerzos que hicieran serían incapaces de doblegar a aquella intrusa, mientras, para acrecentar su mortificación, era cada día más evidente que el señor Floyd y su esposa formaban una de las parejas más felices de la tierra y que habían trocado los lazos del matrimonio en guiraldas de rosas.

Si lo que refiero fuera una historia imaginaria, sería muy correcto pintar a Eliza aburriéndose en su dorada jaula y gastando sus energías llorando por un amante abandonado en un funesto momento de ambiciosa locura. Pero como mi historia es verdadera —no sólo en un sentido general, sino rigurosamente cierta en cuanto a los hechos principales que estoy a

punto de relatar—, y como podría apuntar, en cierto condado a bastante distancia de los pintorescos bosques de Kent, en la misma casa en que los acontecimientos que describiré tuvieron lugar, debo decir también, dejando constancia escrita, que el amor de Eliza a su esposo era un afecto tan puro y sincero como pudiera esperar un hombre de una mujer con un corazón tan generoso.

No puedo asegurar con certeza qué parte de gratitud había en este amor. Si vivía en una hermosa casa y era servida por criados atentos y respetuosos; si comía manjares delicados y bebía exquisitos vinos; si llevaba ricos atavíos y magníficas joyas; si se reclinaba sobre los blandos almohadones de un carruaje tirado por briosos caballos bien enjaezados y guiados por un cochero de empolvada peluca; si dondequiera que fuese le rendían todo tipo de homenajes; y si le bastaba manifestar un deseo para que quedase satisfecho al instante y como por arte de encantamiento..., sabía que todo esto se lo debía a su esposo, Archibald Floyd, y es muy posible que de un modo natural acabara por identificarle con todas las ventajas que disfrutaba y que le amase por ellas. Un amor de este género puede parecer un afecto bajo y despreciable en comparación con el noble sentimiento de las Nancys de los modernos romances hacia el Bill Sykeses de su elección;⁸ y sin duda, otra que no fuera Eliza hubiera mirado con soberano desprecio al hombre que la complacía en todos sus caprichos, que satisfacía todos sus antojos, que la amaba y honraba, no como la actriz de provincias que era, sino como hubiera podido amar a la reina más poderosa de la cristiandad que se hubiese dignado bajar del trono más elevado para darle la mano.

Pero ella le estaba agradecida, le amaba y le hacía feliz; tan feliz, que algunas veces el buen escocés se aterrorizaba al ser testigo de su propia felicidad y casi estaba tentado de postrarse de rodillas para suplicar al cielo que no se la arrebatase, y que si había de enviarle alguna desgracia, le despojase

⁸ Se refiere a la pasión degradante de Nancy por el brutal psicópata Bill Sikes, en *Oliver Twist*, de Dickens.

de cada chelín de su fortuna, para volver a empezar de nuevo, pero al lado de su Eliza. ¡Oh destino! ¡Esta era la única bendición que iba a perder muy pronto!

Durante un año Eliza y su esposo vivieron en Felden Woods sin que se nublase un solo instante el sol de su ventura. Quiso llevarla al continente, o a Londres para la temporada, pero Eliza no podía soportar ausentarse de su preciosa casa en Kent, donde era muy feliz pasando los días entre sus jardines, sus pinares y viñedos, en medio de los pobres, sus protegidos, y entre sus perros y caballos. A los ojos de los pobres era un ángel bajado del cielo para reconfortarles. Había casas de campo de donde escapaban las remilgadas señoritas de provincias con el libro de oraciones en la mano, desconcertadas y confundidas por las miradas sombrías de sus moradores que perecían de hambre; pero cuando en los umbrales aparecía la sombra de la señora Floyd, era como la sombra de un sacerdote católico, siempre sagrada y, sin embargo, siempre familiar y bienvenida.

Supo hacerse querer por estas gentes antes de proponerse reformar sus malos hábitos. Anteriormente había cerrado los ojos ante la suciedad y el desorden de sus casas de campo como lo hubiera hecho ante la alfombra desharrapada del salón de una empobrecida duquesa. Luego, poco a poco, astutamente, había ido obteniendo pequeñas mejoras, hasta que en menos de un mes, sin sermones ni ofensas, logró una transformación completa. La señora Floyd era terriblemente ingeniosa en sus tratos con estos errados campesinos. En lugar de decirles de inmediato, de una forma espontánea, que eran sucios, depravados e incluso ingratos e impíos, era diplomática y actuaba con astucia, como si escudriñara el condado. «Obligaba» a las jovencitas a ir regularmente a la iglesia ofreciéndoles sombreros nuevos y encuadrándoles elegantemente libros de oraciones; mantuvo a los hombres casados fuera de las tabernas con sobornos de tabaco para fumar en casa, e incluso alguna vez —¡horror!—, con el regalo de una botella de ginebra para el consumo moderado y social en el ámbito familiar. Hacía re-

parar una chimenea por el presente de un llamativo florero de porcelana china para su propietaria, y limpiar una chimenea descuidada por un guardafuego de cobre. Un humor desabrido lo enmendaba con un vestido nuevo, y una disputa familiar de mucho tiempo, con un chaleco de cretona. Pero un año después de su enlace, mientras los jardineros trabajaban en las mejoras que había previsto; mientras el continuo proceso de reforma avanzaba lenta pero sólidamente entre los agradecidos seres receptores de su generosidad; mientras las lenguas ansiosas de sus detractores continuaban arremetiendo contra su reputación sin mancha; mientras Archibald Floyd se regocijaba con su hija recién nacida entre sus brazos —sin un leve síntoma de alerta que amortiguara la violencia del golpe—, la luz se desvaneció lentamente de sus gloriosos ojos que se apagaron para siempre, y Archibald Floyd se convirtió en viudo.

CAPÍTULO II

Aurora

La niña que dejó Eliza Floyd —cuando tan repentinamente fue despojada de toda dicha y prosperidad terrenal—, fue bautizada con el nombre de Aurora. La elección de un nombre tan novelesco había sido un capricho de la pobre Eliza, y no había capricho suyo, por insignificante que fuera, que no hubiera sido sagrado para su adorado esposo, por lo que éste fue doblemente sagrado entonces. La intensidad del dolor que experimentó el viudo no fue conocida por criatura alguna en este mundo terrenal. Sus sobrinos y sus esposas le hacían continuas visitas de pésame, y una de estas sobrinas por alianza, dotada de una bondad enteramente maternal, se empeñó en reconfortar al afligido viudo. ¡Sólo Dios sabe si su ternura aportó algún alivio a aquella alma quebrantada! Encontró en Archibald un hombre que parecía atacado de parálisis, entumecido, como atontado, y adoptó tal vez el mejor plan de conducta que podía seguir. Le habló poco del objeto de su aflicción, pero le visitó con frecuencia, sentándose pacientemente frente a él durante horas enteras, departiendo sobre las cosas más mundanas: del estado del país, del tiempo, de un cambio de ministerio y de otros asuntos análogos tan lejanos del que causaba la pena de su existencia; una mano menos prudente que la de la señora Alexander Floyd apenas habría tocado las cuerdas rotas de tan delicado instrumento, el corazón del pobre viudo.

Hasta seis meses después de la muerte de Eliza, la señora Alexander no se atrevió a pronunciar su nombre, pero cuando le habló de ella no lo hizo manifestando una vacilación solemne, sino con un tono familiar y con palabras de ternura como si estuviera acostumbrada a hablar de la difunta. Vio entonces que había conseguido su objetivo; en lo sucesivo, Archibald Floyd experimentó cierto alivio al hablar de la mujer que tan-

to había amado; y desde ese momento la señora Alexander se convirtió en la favorita de su tío. Algunos años después le dijo que hasta en el sombrío letargo de su dolor tenía la vaga intuición de que le compadecía y que era una «buena mujer». Aquella misma noche, esta buena mujer entró en el salón donde el banquero estaba solo junto a la chimenea, llevando en sus brazos a una niña. Era una niña de semblante pálido y ojos negros que miraban con sombría sorpresa al señor Floyd; un bebe feo, de semblante serio, que iba a crecer y crecer hasta metamorfosearse en Aurora Floyd, la heroína de mi historia.

Ese pálido bebé de ojos negros se convirtió en el ídolo de Archibald Floyd, el único ser en el vasto universo por el que merecía la pena soportar tan dura existencia. Desde el día de la muerte de su esposa había abandonado toda participación en los negocios de su banca de Lombard Street, y su única ocupación y deleite era escuchar los parloteos y satisfacer los caprichos de la pequeña. Su amor por ella era una debilidad que rayaba casi en la locura. Envidiaba a las niñeras los cuidados que le dedicaban a la niña y las vigilaba furtivamente temiendo que fueran duras con ella. Las recias puertas de la espaciosa mansión de Felden Woods no bastaban para impedir que el más débil murmullo de esa voz infantil llegase a sus oídos siempre atentos y solícitos.

La observaba crecer como un niño observa una bellota que espera ver convertida en roble. Repetía las sílabas que balbuceaba hasta el punto de fatigar a cuantos le visitaban. Naturalmente Aurora se convirtió en una niña mimada en toda la acepción de la palabra. Una flor no se echa a perder porque crezca en un ambiente caluroso donde el aliento del cielo apenas puede visitarla, pues en tal caso, el brillo exótico es recortado y podado por la mano despiadada del jardinero, pero Aurora creció sin trabas y retoñó sin que nadie se cuidase de refrenarle los espontáneos arranques de su naturaleza rebelde. Decía lo que se le antojaba, pensaba, hablaba y actuaba como deseaba y estudiaba sólo lo que le gustaba; con los años se convirtió en una joven brillante, impetuosa y cariñosa —con

un corazón tan generoso como el de su madre—, pero su carácter estaba mezclado con un toque de fuego natural que le otorgaba cierta originalidad.

Por lo general, las niñas feas en su primera infancia se convierten en mujeres hermosas, y así ocurrió con Aurora Floyd. A los diecisiete años ya era más bella que su madre; tenía la misma irregularidad de facciones, compensada con un par de esplendorosos ojos que parecían dos estrellas del cielo, y con dos hileras de dientes incomparablemente blancos. Rara vez —al mirarla de frente—, se podían sobrepasar esos ojos y esos dientes que deslumbraban y cegaban hasta el punto de impedir que se criticase su pequeña nariz de forma dudosa o la anchura de su boca risueña. Cuando se levantaba las mechas de su rico cabello negro, se descubría una frente demasiado baja para el estándar clásico de belleza. Un frenólogo hubiera dicho que su cabeza tenía un porte noble, y un escultor hubiera añadido que la sostenía un cuello de Cleopatra.

La señorita Floyd conocía muy poco de la historia de su pobre madre. En el gabinete particular del banquero colgaba un retrato al pastel que representaba a Eliza en todo el esplendor de su belleza y felicidad, pero el retrato no contaba la historia de su original, y Aurora no había oído nunca hablar del capitán del buque mercante, ni del pobre alojamiento de Liverpool, ni de la tía de aspecto ceñudo propietaria de una tienda de ultramarinos, ni de las flores, ni mucho menos del pequeño teatro de provincias. Jamás nadie le había contado que el nombre de su abuelo materno era Prodder, ni que su madre había representado el papel de Julieta ante un auditorio compuesto de obreros, por un módico estipendio. Las familias del condado aceptaron a la heredera del banquero por las riquezas de su padre, pero no tardaron mucho en decir que Aurora era digna hija de su madre, que llevaba la mancha de la actriz y la amazona, y que sentía las lentejuelas y el serrín muy fuertemente asentados en su naturaleza. La verdad del asunto es que antes de salir de la guardería la señorita Floyd evidenciaba una disposición muy marcada para llegar a ser lo que se

llama una «mujer de carácter». A la edad de seis años rehusó una muñeca y pidió un caballo balancín. A los diez podía sostener una conversación sobre perros galgos, perdigueros, conejeros, para la caza del zorro, y pequeños sabuesos, pero en cambio llevaba a su institutriz hasta la desesperación, pues se obstinaba en olvidar bajo qué emperador romano había sido destruida Jerusalén y quién era el legado del Papa en la época del divorcio de Catalina de Aragón. A los once años hablaba de los caballos de las caballerizas Lenfield como pencos. A los doce contribuyó con media corona en una carrera organizada por los criados de su padre y montó triunfalmente el caballo que obtuvo la victoria, y a los trece galopaba monte a través con su tío Andrew, que era miembro de la sociedad de caza de Croydon. El banquero no veía con buenos ojos los progresos que hacía su hija en estos ejercicios nada «femeninos», pero era tan hermosa, tan franca y valiente, tan generosa, cariñosa y sincera, que no se atrevía a reprocharle sus inclinaciones. Si hubiera podido gobernar o dirigir su impetuoso carácter, habría hecho de ella la joven más refinada y elegante, la más perfecta de su sexo; pero esta empresa era superior a sus fuerzas, y se contentaba con dar gracias a Dios por conservarla tal como era y con poder complacer todos sus caprichos.

Lucy, la hija mayor de Alexander Floyd, prima de Aurora, era la amiga y confidente de la joven, y venía de cuando en cuando a pasar un mes en Felden Woods, desde la casa de campo de su padre situada en Fulbam. Lucy Floyd tenía media docena de hermanos y hermanas y había recibido una educación muy diferente a la de la heredera. Era una joven de baja estatura, tez pálida, ojos azules, labios rosados y cabellos de oro que pensaba que Felden Woods era un paraíso terrenal y Aurora más afortunada que la princesa de Inglaterra, o Titania, la reina de las hadas. Le causaban un miedo atroz los caballos y los perros de Terranova de su prima, y tenía la firme convicción de que había un verdadero peligro de muerte súbita al acercarse a un caballo, pero amaba y admiraba a Aurora como lo hacen por lo común los caracteres débiles, y aceptaba el

patrocinio y la protección de la señorita Aurora como la cosa más natural del mundo.

Finalmente, una nube oscura aunque vaga oscureció el paraíso de Felden Woods, y se enfriaron las relaciones entre el banquero y su querida hija. La señorita pasaba la mayor parte del día a caballo recorriendo las sombrías sendas de los alrededores de Beckenham, acompañada por su palafrenero, un joven apuesto que el señor Floyd había elegido por su buena presencia para el servicio particular de Aurora. Después de estos largos paseos solitarios cenaba en su cuarto dejando a su padre solo en el vasto comedor, que parecía lleno cuando ella lo ocupaba, y vacío y desolado cuando no estaba presente. Los criados de Felden Woods se han acordado durante mucho tiempo de cierta noche del mes de junio en que estalló la tormenta entre padre e hija.

Aurora había estado ausente desde las dos de la tarde hasta la puesta de sol, y el banquero se paseaba de un extremo a otro de la larga terraza de piedra, con el reloj en la mano —sin poder distinguir apenas la hora en medio de las primeras sombras de la noche—, esperando el regreso de su hija. Había devuelto la cena sin probar, los periódicos se habían quedado sobre la mesa sin desplegar, y los espías de la casa, esto es, los criados, se contaban en voz baja que la mano del amo temblaba con tal violencia que había derramado la mitad de una jarra de vino sobre la mesa al tratar de llenar el vaso. El ama de llaves y sus «satélites» se deslizaban hasta el vestíbulo y a través de las puertas vidrieras miraban a su amo, que esperaba ansioso en la galería. Los lacayos y los mozos de caballeriza charlaban sobre el «alboroto» —como llamaban a la terrible brecha sobrevenida entre padre e hija—, y cuando se oyeron por fin los cascotes de los caballos en la larga avenida y la señorita Floyd detuvo a su purasangre al pie de la escalinata de la galería, había un grupo de curiosos ocultos en la sombra de la noche, ardiendo en deseos de oír y ver.

Pero aquellos ojos y oídos indiscretos quedaron poco satisfechos. Aurora desmontó de un salto antes de que el criado

tuviera tiempo de ayudarla, y el alazán, con los costados palpitantes y bañado en espuma, fue conducido inmediatamente a las caballerizas. El señor Floyd observó al mozo y los dos caballos en el momento en que desaparecían por las anchas puertas del patio de las caballerizas, y después dijo muy sosegadamente:

—Abusas de ese animal, Aurora; una carrera de seis horas no es conveniente para él ni para ti. Tu palafrenero no debería haberlo permitido.

Y se dirigió a su gabinete después de decirle a su hija que le siguiese, y permanecieron allí encerrados más de una hora. Al día siguiente muy temprano la institutriz de la señorita Aurora abandonó Felden Woods, y tras el desayuno el banquero fue a visitar las caballerizas y a examinar la yegua favorita de su hija —bello animal, todo músculo y huesos—, que había sido entrenada para las carreras de caballos. La magnífica yegua se había dañado un tendón y cojeaba al andar. El señor Floyd mandó llamar al palafrenero de su hija, le pagó el salario y le despidió en el acto. El joven no hizo protesta alguna, y subiendo tranquilamente a su cuarto, se quitó la librea, preparó la maleta y salió de la casa sin despedirse de los demás criados que, resentidos por el desprecio, se vengaron declarando que era un bruto maleducado que siempre había estado demasiado encumbrado para su oficio.

Tres días después, el 14 de junio de 1856, el señor Floyd y su hija dejaron Felden Woods camino de París, donde Aurora fue internada en un colegio privado protestante —muy caro y exclusivo, dirigido por las señoritas Lespard—, en una mansión señorial entre *cour et jardin* situada en la Rue Saint Dominique, con el fin de completar su deficiente educación.

Durante un año y dos meses la señorita Floyd ha estado ausente terminando sus estudios en la escuela parisina; nos hallamos en los últimos días del mes de agosto de 1857, y el banquero se pasea de nuevo de un extremo a otro de la galería —ante las estrechas ventanas de su mansión de ladrillo rojo—, esperando la llegada de su hija, que regresa de París.

Los criados no han dejado de manifestar su asombro al ver que no ha cruzado el Canal para ir en su busca y consideran que la dignidad de la casa se ha visto mermada, pues la señorita Floyd viaja sola.

—¡Una pobre criatura que no sabe más de este mundo perverso que un bendito bebé —decía el ama de llaves—, sola en medio de un montón de bigotudos franceses!

Había bastado un solo día para que Archibald Floyd se convirtiera en un viejo —el terrible e inesperado día de la muerte de su esposa—, pero incluso aquella pena parecía no haberle afectado tanto como el verse privado de vivir con su hija durante los catorce meses que había estado ausente de Felden Woods.

Tal vez a la edad de sesenta y cinco años era incapaz de sobrellevar el disgusto más ínfimo, pero los que le observaban estrechamente declaraban que parecía tan abatido por la ausencia de su hija como lo hubiera estado por su muerte. Incluso en ese mismo momento en que se pasea arriba y abajo por la vasta galería, con el paisaje extendido ante sus ojos desvaneciéndose vagamente en el horizonte bajo esa gloria de velo carmesí que el sol extiende al ocultarse; incluso ahora, en este momento en que espera por segundos estrechar en sus brazos a su única hija, Archibald Floyd parece más bien nerviosamente ansioso que gozosamente expectante.

Mira una y otra vez su reloj y se detiene para escuchar la campana de la iglesia de Beckenham tocar las ocho; sus oídos, de una sensibilidad sobrenatural, le alertan de cada sonido, y perciben el rumor de un carruaje que rueda a lo lejos por la vasta carretera. Toda la agitación y toda la ansiedad que ha sentido durante la última semana no es nada en comparación con la concentrada fiebre de ese momento. ¿Pasará de largo aquel carruaje o se detendrá ante la verja? Ciertamente su corazón no hubiera latido con mayor ímpetu salvo bajo el maravilloso magnetismo de esperanza y amor paternal. El carruaje se detiene. Oye rechinar la puerta de la verja; el paisaje purpúreo se oscurece y se desdibuja ante sus ojos, y no tiene con-

ciencia de nada hasta el momento en que dos brazos solícitos rodean su cuello y el rostro de Aurora se oculta en su hombro.

La señorita Floyd había llegado en un descuidado carruaje de alquiler, que retrocedió tan pronto como descendió, y el escaso equipaje que traía fue descargado por los criados. El banquero condujo a su hija al gabinete donde catorce meses antes habían tenido una larga conversación. Ardía una lámpara en la mesa de la biblioteca y hacia esa luz condujo Archibald Floyd a su hija.

Un año había convertido a la joven en una mujer; una mujer de grandes y hundidos ojos negros y pálidas mejillas ojeras. Los estudios en la escuela de señoritas de París habían sido demasiado duros para la mimada heredera.

—¡Aurora! ¡Aurora! —exclamó el anciano lastimosamente—. ¡Qué abatida te ves! ¡Estás cambiada!

Aurora puso su mano suave pero imperiosa sobre sus labios, diciendo:

—¡No pienses en mí, soy joven y me recuperaré; pero tú... tú, querido padre, tú sí que estás cambiado!

Era tan alta como su padre, y, descansando las manos sobre sus hombros, le escudriñó larga y concienzudamente. Mientras le contemplaba, las lágrimas brotaron lentamente de sus ojos —que habían permanecido secos hasta entonces—, e inundaron silenciosamente sus demacradas mejillas.

—Padre mío, querido padre —dijo con voz quebrada—, aunque mi corazón fuera tan duro como una roca, se despedazaría al ver el cambio de su amado rostro.

El anciano la interrumpió con gesto nervioso, casi de terror.

—Calla..., calla, Aurora —dijo bruscamente—, sólo deseo saber una cosa: ¿Ha muerto ese hombre?

—Sí.